

LA NOVELA REMEMBRADA
CINEMATOGRAFICA



EL DESPERTAR DE LA CIUDAD

POR NORMA SHEARER
Y JACK PICKFORD

N.º 55

30 cts.



CRUZE, James

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año II *N.º 55*

EL DESPERTAR DE LA CIUDAD

(WAKING UP THE TOWN, 1925)

*Comedia según el argumento de James Cruze y Frank
Con, bajo la dirección artística de Edward Langley.*

Intérpretes

*JACK PICKFORD en el rôle de. . . Jim Joyce
NORMA SHEARER > > . . . Mary
ALEC B. FRANCIS > > . . . Hope Abdon*

*EXCLUSIVA DE
UNITED ARTISTS*

Rambla de Cataluña, 62 BARCELONA

El despertar de la ciudad

Argumento de la película

Los sabios observadores de este mundo nos aseguran que estamos en época de plena actividad, alucinados por el vértigo fantástico e inquieto de las máximas velocidades.

Dichosa de pasar una temporada al lado de su abuelo, Mary Hope devoraba kilómetros con su *auto* a toda marcha, lo cual le valía una encarnizada persecución de los agentes de tráfico.

Mary veía que los motociclistas se le echaban encima, y cruzó el camino por un sendero imprevisto, llegando a poco ante un *garage* de Rainbow Falls, pueblo que habitaba el pariente de la vertiginosa muchacha.

Alguno de los sabios aludidos al comenzar esta novela, augura la "destrucción" del mundo por su afán de marchar locamente. Si es cierta semejante predicción, al servicio de trenes correos no le amenaza, por fortuna, peligro alguno.

Para justificar el chiste diremos que la carta de Mary a su abuelo, escrita y enviada con varios días de anticipación a la partida de

la remitente, llegaba a su destino dos metros escasos antes que la propia Mary. Ese escrito decía al simpático viejo:

Inolvidable abuelito:

Hace tanto tiempo que no te he visto, que no puedo menos de ir a tu encuentro. No es posible precisarte qué día llegaré a ésa, pero te escribo rápidamente para que puedas prepararlo todo, pues no creo encontrarme a tu lado antes de unos tres días.

Deseando poder hacerlo en persona, recibe entretanto por ésta muchos besos y abrazos de tu nieta

Mary.

El anciano sonreíase ante la perspectiva de pasar ratos agradables en compañía de Mary, disponiéndose a adornar la casita que pronto llenaríase de risas con la presencia de la bulliosa criatura.

El *garage* en el que Mary se hallaba próxima a entrar huyendo de la persecución de los policías, era propiedad del abuelo, aunque ella lo ignorase.

Llamábase éste Abdón Hope. El negocio le correspondía a medias, pues asocióse con él un joven muy listo y con una inventiva extraordinaria. Jim Joyce era su nombre. Carácter llano, franco, agradable. Trabajador infatigable. Excelente mecánico.

Jim aspiraba a conquistar un nombre que lo consagrara como ciudadano útil y eminente.

Sus inventos eran ya numerosos. El día menos pensado daba con lo que iba buscando, y la fama le abriría de par en par las puertas de la gloria.

A la sazón, Jim hallábase tendido en el suelo sobre un estrado con ruedas, de su invención, para facilitarse a sí mismo el examen de la parte inferior de un cochecito de niño en reparación, deslizándose de un extremo a otro del coche, sin tener que arrastrarse incómodamente, sin fatigarse, pues bastaba un ligero gesto hacia adelante a hacia atrás para que el invento se encargase de transportarlo con suavidad.

Mary, en su precipitada carrera para despistar a los agentes, entró sin freno en el *garage* y mandó a las nubes el cochecito que Jim estaba reparando, y éste tuvo la suerte de que el estrado sobre el cual trabajaba fuese movable, pues de lo contrario no hubiese podido escapar a un inevitable atropello del *auto* de Mary.

Buen susto se llevaron los dos jóvenes.

—¡Oh! ¡Dispénsame!—dijo Mary, horrorizada de haber estado a punto de matar a Jim.

—La dispenso a usted, señorita; pero, otra vez...

—¡Es que me persiguen! ¡Escóndame usted!

—¡Ah! Espere...

Jim, encantado de la extraña aventura, salió del *garage*, y al ver que los agentes le pi-

saban casi los talones, tocó un resorte colocado en la puerta, y Mary sintió que ella se hundía hacia los sótanos del local, dentro del automóvil, al tiempo que el piso del taller se cubría con otro madero igual al de la base del ascensor, como si no hubiese habido variación alguna. Este era otro de sus inventos.

Los agentes husmearon todos los rincones del establecimiento, sorprendiéndose de ello el abuelo de Mary, que acababa de penetrar en él por una puerta trasera, apenas leída la carta de la querida nieta.

—¿No ha entrado aquí un automóvil?—inquirieron los agentes.

—No, señores... No hemos visto ninguno desde hace una hora... ¿verdad, señor Hope?—repuso Jim buscando la complicidad de su socio.

—No, no... Aquí no ha entrado nadie—aseguró ingenuamente el abuelo.

Y los agentes, burlados por Jim, se marcharon.

Mary, en el sótano, cansada de que la incursión en terreno húmedo se prolongase, puso el grito en el cielo.

—¡Súbanme ya! ¡Qué broma es ésta!

Jim hizo funcionar el monta-cargas, y apareció a los ojos del señor Hope, su nieta y el *auto* que buscaban los agentes.

El señor Hope quedó paralizado por la sorpresa, y al reconocer a Mary, y al darse cuen-

ta ésta de que se hallaba delante de su abuelo, hubo una escena encantadora.

—¡Abuelo!

—¡Tú!... Pero si acabo de recibir tu carta... ¿Cómo es posible?

—Muy sencillo... Yo corro más que los trenes, por lo visto.

—¡Qué alegría! Lo que siento, es no haber podido preparar tu linda habitación.

—¡Bah! De eso ya me encargaré yo luego.

Jim contemplaba encantado la simpática escena, celebrando, sin duda, que Mary fuese nieta de su socio, pues la joven le gustaba una barbaridad... aunque le parecía muy americana.

Los agentes de tráfico regresaban al punto donde el propietario del coche hurtado por Mary en otro *garage* donde estaba el suyo en reparación, esperaba el resultado de la persecución de ellos a la decidida muchacha, y dieron cuenta a aquél de su misión:

—No sabemos a dónde ha ido a parar el coche de usted, pues le perdimos de vista en el cruce de las carreteras de Rainbow Falls.

Vomitando improperios contra el ladrón de su automóvil, el robado decidió acompañar a los agentes motociclistas, él en otro coche, a echar un vistazo general por el lugar por donde se había "esfumado" el *auto* desaparecido.

El señor Hope conversaba cariñosamente con su nieta, y Jim miraba a ésta, con amor y recelo a un mismo tiempo. Amor, porque la

muchacha valía un Perú; recelo, porque sabía que el *auto* en que había llegado no era suyo, sino de otro, en defensa de cuyos intereses los agentes habían estado persiguiendo al ladrón, o sea, a ella. Seguramente se la habrían llevado, de no haber él inventado el monta-cargas automático instalado en el *garage*.

De pronto, Jim oyó llegar a dos motociclistas, los mismos de antes, y además un *auto*. ¿Qué iba a pasar?

Los reaparecidos agentes y el ocupante del automóvil apeáronse frente al *garage*, y Jim, inspirado a tiempo, hizo funcionar el resorte del monta-cargas, y éste volvió al sótano llevándose a Mary en el *auto* que ella hurtara por no haber tenido bastante paciencia para esperar el suyo en arreglo.

El abuelo, extrañándole aquella maniobra de Jim, hizo funcionar a su vez el resorte del monta-cargas, y Mary volvió a salir "a flote".

En tan crítico momento, los agentes y el robado entraron en el *garage*, reconociendo el último su coche, y mandando detener a la autora de la sustracción.

El señor Hope trató de defender a su nieta, negando que ella fuera una ladrona, y como los agentes, siempre temiendo lo peor, comenzaron a insinuar que creían que el *garage* del abuelo de Mary era algo así como un almacén de automóviles robados, Jim, valerosamente, se presentó como culpable.

Mary, que asistía a aquella escena completa-

mente tranquila, agradeció íntimamente la generosa acción de Jim, y dirigiéndose al dueño del automóvil que ella se llevara del otro *garage* en que tuvo que detenerse, le susurró al oído estas palabras, que eran como una amenaza:

—¿Tiene usted interés en que les diga a los agentes, que debajo del asiento de su coche hay un depósito de bebidas alcohólicas capaz de embriagar a un regimiento entero?

El contrabandista de licores se consideró cogido entre la espada y la pared, y estuvo acertado diciéndole a los agentes que retiraba la denuncia formulada contra Mary.

Así, pues, el delicado asunto quedó zanjado, pero Jim, sospechando que Mary y el contrabandista se conocían, y presa de celos por lo que ella le había podido murmurar sin que nadie más que el interesado la oyese, quedó preocupado y abatido. ¿Qué clase de mujer era Mary? ¿Por qué se sentía él tan atraído por su clara belleza y juventud?

El abuelo se contentó con la libertad de su nieta, haciéndose cargo de que todo no había sido más que una locura de la bulliciosa muchacha.

Al quedar a solas Jim y Mary, y mientras el abuelo despedía a los agentes y al contrabandista, Mary tendió suavemente la mano a Jim, diciéndole:

—Le agradezco mucho su generosidad, se-

ñor Jim... y le ruego me considere una buena amiga suya.

Jim no salía de su torpe actitud delante de la hermosa joven, pero, al fin, correspondió a la prueba de confianza, estrechando la diestra de Mary.

Y ocurrió que la mano de Jim, manchada de

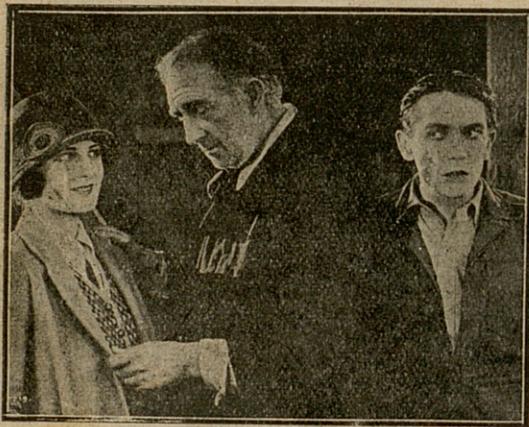


—Le agradezco mucho su generosidad, señor Jim... y le ruego me considere una buena amiga suya.

grasa, pringó la de Mary; que Jim llevaba una mancha en una mejilla; y que Mary, al pasarse la mano ensuciada por él por la cara, dejó rastro de grasa en un carrillo.

Eso, al fin y al cabo, no pasaba de vulgar mascarón; pero el abuelo, al regresar al lado de los dos jóvenes, sorprendióse al ver manchados sus respectivos rostros, y se malició que la causa de las sendas huellas de grasa era un abrazo... o algo por el estilo.

Jim pasaba un mal rato... Sin embargo, el



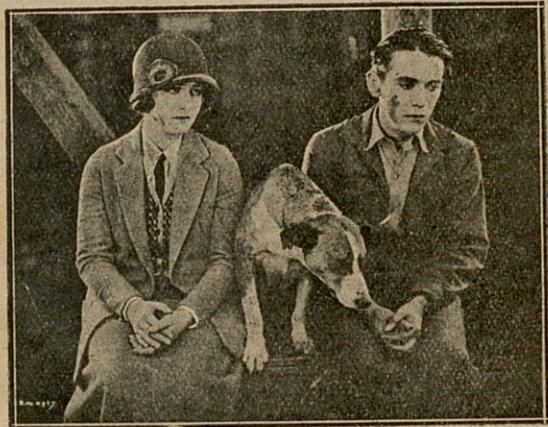
...y se malició que la causa de las sendas huellas de grasa era un abrazo... o algo por el estilo.

señor Hope, conteniendo su gana de reírse, alejóse del *garage*, encantado del flechazo que había vencido a los dos jóvenes.

—Vaya... vaya... Ya nos veremos luego...

Jim y Mary no eran necios, y Jim quedóse pensativo, exageradamente tímido, junto a Mary, que no podía menos de imitarle en momento tan... tan... interesante.

El perro de los dueños del *garage* se había colocado entre los dos muchachos... y un momento en que uno y otro le acariciaban, pasán-



El perro se había colocado entre los dos muchachos...

dole la mano por su fino lomo, sus epidermis entraron en tibio contacto.. y Jim, para que se viera menos su rubor, apretó el resorte del monta-cargas sobre el cual estaban sentados, y desaparecieron los tres hacia el sótano.

Jim perseguía desde su adolescencia la realización de un gigantesco sueño, que consistía en captar la fuerza de los saltos de agua de Rainbow Falls para transformar la modestia de su país natal en una ciudad grandiosa, con todos los adelantos y perfecciones modernas.

La madre de Jim, conocedora de los proyectos de su hijo, no sólo estaba conforme con ellos, sino que los estimulaba y los alentaba creyéndolos realizables en la práctica.

La dulce mujer estaba orgullosa de su vástago, y seguía paso a paso su genio inventivo. ¡Qué alegría experimentó al leer la siguiente nota a máquina!

LA CIUDAD PERFECTA

TODOS LOS SERVICIOS POR MEDIO DE LA
ELECTRICIDAD

Luz, transportes, barrer, cocinar, fregar suelos, fregar platos, cortar hierba, limpiar automóviles, bombas, lavar ropa...

¡Oh, el día que la pequeña ciudad tuviera todos esos adelantos!

¡Qué gloria para su hijo!—pensaba la buena señora.

Todo pueblo, por pequeño que sea, cuenta con un rico, y en el de Rainbow Falls era el banquero Horndyke quien ostentaba la envidiable categoría de potentado.

Cierto día en que dicho afortunado mortal estuvo en el *garage* para que Jim le hiciera una reparación a su magnífico *auto*, el joven inventor le dijo:

—Señor Horndyke, usted es el que puede cooperar grandemente al florecimiento de nuestro pueblo, interesándose en mi futura fábrica de electricidad.

El banquero, hombre escéptico, poco amigo de fiar, y muy desconfiado con los pobres, se encogió de hombros ante las palabras de Jim, y alejóse del *garage* murmurando frases estúpidas en un caballero.

No era sólo Jim el que soñaba, pues el señor Hope, aunque por diferente motivo, también tenía su ideal. Así como a Jim le fascinaban los inventos, al abuelo de Mary le entusiasmaba la astronomía, y se había construído un observatorio dotado de potente telescopio y numerosos libros científicos. Todos los ratos que le dejaba libres su trabajo, los dedicaba el simpático señor Hope a su afición favorita.

La madre de Jim y el señor Hope teníanse mutuo afecto, y la naciente pasión que habían observado en sus respectivos allegados, les llenaba de felicidad, mostrándose partidarios de la unión de los mismos en santo lazo.

¿Llegarían los jóvenes a esa mágica meta?

Por lo pronto, viva simpatía los unía... y como de eso al amor no hay más que un paso... ¡quién sabe!

Los planes de Jim respecto a la transforma-

ción del pueblo en la ciudad perfecta que ambicionaba, necesitaban imprescindiblemente de Horndyke, de su crédito financiero, de su metálico... Jim tenía, pues, que conseguir ser atendido por el banquero.

Elena Horndyke, la hija de éste, era la reina de la juventud de Rainbow Falls. Todos los gomosos se pegaban a ella con ansias matrimoniales, por su hermosura... y por su dote. espléndida, por cierto.

Jim vio a Elena, aquel mediodía, esperando a su padre, en un *auto*, con su pretendiente favorito, a la puerta del Banco de la localidad, y acercóse a saludarla.

Elena era amiga de todos los jóvenes, por el placer de verse halagada por ellos... y de Jim, porque, además, le era muy simpático, sin que ello significase, no obstante, que estuviera dispuesta a renunciar a su fasto por ser su compañera.

—¿Ya sabe usted que el viernes por la tarde doy una fiesta íntima en casa, Jim?—le preguntó sonriente—. No dudo que tendrá usted mucho placer en contarse entre el número de los invitados.

—Muy honrado, señorita Elena.

—Le espero... Pero sepa que, para amenizar el acto, cada invitado deberá distinguirse presentando un juego nuevo completamente inédito.

—Perfectamente... No lo olvidaré.

Salió el señor Horndyke del Banco, y Jim,

al verle, intentó saludarle, sin obtener correspondencia a su respetuoso gesto. ¡Qué difícil resultaba tocar el corazón del banquero!

Meditando, meditando, Jim vio en la proyectada fiesta de Elena la única y oportuna ocasión de conquistarse la simpatía de Horndyke, para decidirlo a que se convirtiera en el valioso auxiliar de sus trascendentales proyectos.

Mary, el señor Hope y la madre del joven, ayudaron a Jim, el viernes, a acicalarse para ir a la fiesta. Los dos viejos fiaban en el talento del muchacho para llamar la atención, y Mary, amorosamente, ponía ternuras inefables en dar los últimos toques a la *toilette* de Jim, desprendiéndose de un pañuelo de bolsillo para que él lo luciera junto al corazón.

Jim estaba muy animado, y la confianza de la madre y amigos en sus méritos, le infundía más valor.

El juego que Jim presentaría en casa de Elena era un carro de asalto de cartón de diminutas dimensiones, con varios cañones, que disparaban al encender su boca, derramando una lluvia de papelitos o plumas.

—En este pequeño juguete fundo todas mis esperanzas—dijo a Mary, complaciéndole hablar con ella de sus cosas.

—¡Oh! Este invento suyo es un primor, Jim. Gustará, yo se lo aseguro.

—Pero es preciso que el señor Horndyke, que es tan reacio a escucharme, se digne aco-

germe benévolutamente; que no mire mis afares desde la altura de su indiferencia.

Mary y los dos simpáticos viejos dieron toda clase de seguridades a Jim, y éste partió con paso firme hacia la dorada mansión.

Mary le despidió en la puerta de la casa, y él le dijo:



—En este pequeño juguete fundo todas mis esperanzas.

—Yo hubiese querido poder llevar a usted, Mary...

—Le agradezco su buen deseo como si realmente le acompañase... Le pronostico un triun-

fo completo... y me placará mucho enterarme pronto de la bella realidad...

—Gracias, Mary... Usted será la primera... con mi madre...

Jim fué el número uno en llegar a la fiesta. El señor Horndyke estaba en su despacho, y varias veces estuvo tentado el muchacho de ir a hablarle... pero le faltó siempre el impulso decisivo.

Fueron llegando los invitados, y Elena apareció ante ellos radiante de belleza.

La comida se deslizó agradablemente, y al final de la misma, los invitados presentaron sus juegos con arreglo al programa fijado de antemano.

Los juegos fueron muy agradables, más humorísticos que ingeniosos, hasta llegar el turno de Jim, que cautivó las miradas de todos con su diminuto juguete guerrero.

El señor Horndyke hizo una mueca de desagrado al ver levantarse a Jim, la cual fué más profunda al oírle dirigirse a él de palabra.

En efecto, Jim decía al banquero:

—Me consideraré muy satisfecho y cordialmente reconocido si el señor Horndyke se digna prestar su benévola atención a este modesto juguete de mi exclusivo invento.

¡Qué tontería sería aquella! — pensaba el banquero.

De pronto, ¡pum!, sonó un disparo, y llovieron papeles... Luego otro disparo, ¡pum!...

y los invitados, sorprendidos, se mostraban algo asustados, sobre todo las mujeres, y muy especialmente el señor Horndyke.

—Nada, no se inquieten ustedes. No hay peligro ninguno—aseguró Jim, sonriente.

Pero quiso la fatalidad que uno de los disparos fallase, y prendiese fuego al aparato entero, alcanzando las llamas la serpentina que pendía de la lámpara sobre la mesa. Se originó una gran alarma, y en loca carrera huyeron los invitados hacia otras habitaciones.

El señor Horndyke mascullaba denuestos contra Jim, que hubiera deseado, en aquel momento insospechado, que la tierra se lo tragase.

Cuando pasó la alarma, sofocando el propio Jim el conato de incendio, el banquero, dirigiéndose iracundo a él, le dijo agarrándole por la solapa de la americana:

—Es usted un loco, y ha venido a reventarnos la fiesta. A mí no me toma usted el pelo, y, para que sepa quién soy, ahí va eso.

Jim no tuvo que esperar demasiado el premio a su invento, y sintió el dolor de un puntapié del banquero en la parte más pródiga de su cuerpo.

Entretanto, en su hogar, la madre de Jim, el señor Hope y Mary comentaban el triunfo que, indudablemente, estaba obteniendo el infortunado inventor.

—No tengo duda. ¡Nadie, como Jim, habrá sabido distinguirse!—decía la madre.

—Seguramente, al ver su inventiva, su ge-

La mayor preocupación de Jim era la de evitar que Mary leyese la falsa noticia, y cuando se reunió con ella, le dijo, implorante:

—Mary, si por ventura llegasen a oídos de usted rumores equívocos acerca de la seriedad y firmeza de mi conducta sobre determinados asuntos, no crea ni una palabra. Lo único que debe usted saber, como cosa cierta y sin susceptibilidad de rectificación, es que yo... la amo... la amaré siempre.

—¡Oh, Jim! Yo siempre he creído en usted.

...

La ilusión de Jim se convirtió, al fin, en realidad. La fábrica de electricidad era un hecho. El día de la inauguración, el pueblo entero aclamó al joven ingeniero.

Pero Jim, a pesar de la vanidad propia de todos los mortales, sentía que nada le hacía tanto bien como las lágrimas de alegría que derramaba su adorada madre al verle triunfar, lágrimas que contienen toda una vida de sacrificios por los seres que se agitaron en sus benditas entrañas.

¿Y Mary? ¡Oh! Después de la madre, ella. Sus lágrimas y sus risas eran para Jim suaves caricias...

Por la noche, Horndyke celebró una reunión

en su casa para festejar la inauguración del gran edificio.

Sólo el señor Hope se mostraba nervioso. Aquella noche debía acaecer lo que él predijera, es decir, el choque de la Tierra con la Luna, y desaparecer todos.

Cuando era mayor la animación en los salones del banquero, se oyó a éste anunciar por radio la siguiente "gran" noticia:

—Señores... Me cabe el inmenso placer de anunciar a ustedes los esponsales de mi hija Elena con el genial Jim Joyce.

Sonaron sinceros aplausos y llovieron sobre los prometidos numerosas felicitaciones. Mary no sabía hacia dónde dirigir sus miradas, tal era su azoramiento. Sin embargo, al ver junto a sí a Elena, fingió naturalidad, y, estrechándole la mano, le dijo:

—Elena, yo sé que usted será muy dichosa casándose con Jim. Les deseo toda la felicidad posible.

Luego, transida de dolor, marchóse a casa del ingrato, acompañada de la madre de éste, que procuraba consolarla.

Jim trató en vano de explicar a Mary, antes de marcharse ésta, lo ocurrido, y por su lado, Elena indicaba a su padre, muy disgustada, por cierto, que a quien ella quería era a otro, su pretendiente favorito que iba con ella a todas partes, y que Jim jamás le había hablado de amor.

Fuera llovía furiosamente. El señor Hope

se unió con Mary y la madre de Jim en la casa de éste.

El joven inventor, pensando haber perdido el amor de Mary, creyó enloquecer, y despidiéndose rápidamente de todos, y sin resguardarse del frío, salió al exterior, ansioso de encontrar a su amada y asegurarle que la adoraba.

La lluvia caló hasta los huesos a Jim, que al llegar a su casa se desmayó, presa de aguda crisis nerviosa. Tuvo una pesadilla horrible. El mundo desaparecía, confirmando la profecía del viejo astrónomo. ¡Oh, qué miedo!

Todos se asustaron, oyéndole gritar.

Al volver en sí, Jim miró con especial interés a Mary, sin celos por parte de su buena madre, y sintió un alivio enorme. ¡Oh! Teniéndola cerca, se consideraba salvado. ¡El mundo era ella!

El señor Hope, cuando hubo pasado la tormenta, reconoció haberse equivocado en sus vaticinios de destrucción de la Tierra, y Jim y Mary se alegraron enormemente del error, puesto que se abría para ellos el cielo más puro que vieran hasta entonces.

Pocas palabras habían bastado para que Mary comprendiera que Jim no la había traicionado, y como las reconciliaciones son tan agradables... la boda no tardó en celebrarse.

Y algunos años más tarde, Jim pudo devolver al noble señor Hope la fortuna que pusiera a su disposición cuando él no era nadie,

pero el simpático abuelo renunció a su dinero en favor del pequeñuelo con que la pareja había visto premiado su amor.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de

CONSTANCE TALMADGE

PRÓXIMO NÚMERO :

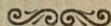
La interesantísima novela
de magnífico asunto

**MARIDO; CUIDADO
CON LOS AMIGOS!**

Intérpretes

ENID BENNETT,
HUNTLY GORDON, etc.

Numerosas ilustraciones



Postal-obsequio :

WALTER HIERS



*LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA*

Sale todos los viernes - Precio: 30 cts.

Su revista predilecta será ???

editada por

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

¿Ha comprado usted ya el último
grandioso éxito de

Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Madame Sans-Gêne

¡Siempre lo mejor de lo mejor!

¡Narración esmeradísima!

Proximos números:

AMERICA

(de UNITED ARTISTS)

Cuando las mujeres aman

(del C I E C)

AYER APARECIÓ

el número 31 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

La Novela Intima
Cinematográfica

—
Contiene la biografía de
la gran artista

CAROL DEMPSTER

—
Numerosos datos y fotografías

:: Regalo de una lujosa postal ::

—
:: Precio popular: 35 céntimos ::

De venta en todas partes